

MARGARITE YOURCENAR: EL MÉTODO HISTÓRICO Y LA LITERATURA

César Augusto Ayala Diago
Departamento de Historia
Universidad Nacional de Colombia

Resumen

El artículo presenta a Margarite Yourcenar como una literata que utiliza métodos de la investigación histórica en la edificación de toda su obra: la autora se plantea problemas históricos y elabora hipótesis de trabajo sobre sus temas a través del estudio de la historiografía existente y del estudio de las fuentes primarias. Reconoce los avances y vacíos en ambos géneros y parte de ahí para realizar una búsqueda exhaustiva de nuevas fuentes primarias en el mejor ejemplo de los historiadores contemporáneos. Es decir, fuentes más allá de las huellas escritas: la escultura, por ejemplo. El tiempo y el contexto tienen para ella la misma trascendencia que para el historiador. Se demuestra además en el artículo el dominio que posee Yourcenar en la construcción variopinta de sus novelas y cuentos que van de lo fonológico a lo polifónico, en lo que avanza el método histórico.

Palabras clave: Yourcenar, literatura e historia, método histórico.

Abstract

Margarite Yourcenar is shown as a fiction writer who uses methods of historical research in the construction of all of her work. She poses historical problems and shapes working hypotheses about her topics through study of present day historiography as well as the study of primary sources. She knows the advances and inadequacies of both, taking them as her starting point for a thorough search of new primary sources in the best manner of contemporary historians, i.e., sources other than the written traces—sculpture, for example. Time and setting have the same transcendence for her as for the historian. In addition, the paper shows Yourcenar's mastery of the advances of historical method in the variegated construction of her novels and short stories, going from the phonological stratum to the polyphonic structure.

Key words: Yourcenar, literature and history, historical method.

El método

Con sofisticado método histórico Margarite Yourcenar abordó, más que la historia del hombre, el hombre a través de la historia. Sostenía en boca de sus personajes que no había pasado ni futuro, “tan sólo una serie de presentes sucesivos, un camino perpetuamente destruido y continuado, por el que avanzamos todos...”¹. Sin embargo respetaba cual docto historiador, la época en que cada uno de sus personajes había vivido. Le aterraba y no excusaba el anacronismo, incluso en la novela histórica, que para ella era justamente la investigación histórica por excelencia. Escribía al respecto, cosas como la siguiente:

Si de todas las historias grabadas por la memoria humana, ha sido la de Roma la que hizo pensar a más filósofos, soñar a más poetas, y declamar a más moralistas, se debe en parte al genio de un reducido número de historiadores romanos (más un par de historiadores griegos) que contribuyeron poderosamente a prolongar hasta nuestros días el recuerdo y prestigio de Roma. Y si César sigue representando para nosotros –pese a todas las muertes violentas perpetradas a políticos de entonces acá– la imagen por excelencia del dictador asesinado, es por obra de Plutarco... Y dado que la obra biográfica de Suetonio nos habla de los doce emperadores, las estanterías de nuestras bibliotecas y las fachadas de los palacios renacentistas se ven casi obligatoriamente coronadas con los doce bustos de los Césares.²

Su concepción del tiempo hacía contemporánea toda la historia universal y reunía los comportamientos del hombre en uno solo:

Las atrocidades que hemos presenciado en pleno siglo XX nos han enseñado a leer con menos escepticismo el relato de los crímenes cometidos por ciertos emperadores de la Decadencia; y en lo referente a la historia de las costumbres, ya La Rochefoucauld escribía que los libertinajes de Heliofábalo nos sorprenderían menos si conociéramos mejor la historia secreta de nuestros contemporáneos.³

No empezaba una síntesis histórico-literaria sin conocer en profundidad la época de sus personajes. Se preocupaba por conocer toda la gama de personalidades contemporáneas con la de su interés, lo mismo que los problemas principales que dividían a los hombres de un periodo histórico concreto. Intervenia por igual si su personaje era real como Adriano o ficticio como Zenón. Realizaba luego un trabajo historiográfico exhaustivo; desarrollaba la crítica histórica con manos de cirujano. Le

¹ Margarite Yourcenar, *El Tiempo, gran escultor* (Barcelona: Círculo de Lectores, Altea-Taurus-Alfaguara, 1989) 21.

² Margarite Yourcenar, “Las caras de la historia en la Historia Augusta”, *A beneficio de inventario* (Madrid: Santillana-Alfaguara, 1995) 16.

³ Véase Yourcenar, *A beneficio de inventario...* 18.

reconocía al historiador su trabajo después de comprender los problemas de la autenticidad y la veracidad en los que hubiera podido caer, consciente o inconscientemente. Anotaba que la noción de lo plausible en materia histórica dependía “de las costumbres, prejuicios e ignorancias de cada época” y argumentaba:

Así por ejemplo, los eruditos del siglo XVIII, impregnados de tradición cristiana aceptaban de buen grado cualquier negro retrato de los emperadores paganos, considerados en bloque como infames perseguidores de la iglesia naciente; más tarde, por reacción, la implícita confianza en la naturaleza humana de los letrados del XVIII y, más tarde aún, la afectada gazmoñería de algunos historiadores del XIX –su curioso respeto por la gente en el poder, aun cuando hubieran muerto hace mil ochocientos años–, o simplemente la falta de experiencia de la vida de aquellos hombres de gabinete, les hicieron a menudo proclamar imposibles o improbables una serie de hechos que un lector más acostumbrado a mirar la realidad de frente no vacila en juzgar plausibles o verdaderos.⁴

Ella sabía que en la interpretación de los eventos históricos era donde florecían los errores y las mentiras, y no en el enunciado de los mismos. Esta aseveración le daba fuerza para continuar indagando. Terminó por declarar: “En el transcurso de la vida, durante la cual traté a menudo de esclarecer ciertos hechos pequeños o grandes de la historia, he ido adquiriendo la firme convicción de que todo cuanto se dice y se escribe sobre los acontecimientos del pasado es falso en parte, incompleto siempre y a menudo amañado...”⁵ Quería decir entonces que para una justa crítica histórica era necesario conocer el medio en el que se había desenvuelto el historiador, es decir, establecer las prisiones que implican las costumbres, los intereses y la época.

Comprendido el historiador, Margarite Yourcenar jerarquizaba sus fallas e insuficiencias:

El mayor defecto de su constante insulsez consiste en que los biógrafos de la Historia Augusta nunca nos revelan al hombre en su profundidad o en su cumbre, lo cual es grave cuando el hombre de quien se trata tuvo esa profundidad o alcanzó esa cumbre; y lo más grave aún: no nos percatamos de esa carencia a no ser que otros documentos de la época nos informen de que el hombre así simplificado, reducido o aumentado, era grande.⁶

Su recomendación era entonces colocarse al nivel del objeto a analizarse. Daba a entender que lo que más le molestaba del historiador era la mediocridad, entendien-

⁴ Véase Yourcenar, *A beneficio de inventario...* 17-18.

⁵ Véase *¿Que? La eternidad. El laberinto del mundo III* (Madrid: Altea-Taurus-Alfaguara, 1990) 52.

⁶ Véase Yourcenar, *A beneficio de inventario...* 21.

do por ella la negligencia, la pereza, la simpleza: “La mediocridad que impide a los biógrafos alcanzar el nivel de los últimos representantes de la gran cultura grecorromana, también les perjudica cuando se trata de evaluar a los singulares personajes de la dinastía Siria, y hasta de dar su justo peso a los pocos grandes jefes militares de finales del siglo III”.⁷

Por lo regular, Margarite Yourcenar no escribía sus libros de una. Lo hacía a través de toda su vida. Los esbozaba cuando joven, los iba desarrollando, convivía con ellos, a veces los abandonaba y los retomaba años después para coronarlos de un solo impulso cuando la misma historia de su vida se había confundido con la del mundo todo. Así diversas historicidades: las de sus personajes, las de las historiografías, las suyas y las del tiempo presente, se mezclaban e intervenían en sus síntesis finales.

El humanismo ante todo

Pero esto no era suficiente. Era necesario involucrarse en las especialidades y en el desarrollo de la ciencia correspondiente a la época en estudio. En cada uno de sus libros Yourcenar da cuenta de una gran erudición científica, artística, cultural, y sobre todo humanística: todo un conocimiento del hombre. Empero, es quizás en su concepción del tiempo que no solo se acerca a la profesión del historiador sino que ejerce como tal. Aunque el peso grande de su producción artística recae sobre la antigüedad no fue ajena a etapas de la evolución social posteriores. Su preocupación principal fue el hombre. Se propuso comprender las vicisitudes de su corto paso por la tierra. Trató al hombre de la antigüedad y al de la edad media, al del renacimiento y al del siglo XVI, compitiendo con curtidos especialistas, y por supuesto no fue indiferente ni al siglo de las luces, como tampoco a los hombres de la Revolución Francesa de 1789. Conoció el siglo XIX, a sus poetas, a sus novelistas y al hombre común y corriente. Fue contemporánea del siglo XX, de sus problemas, angustias, preocupaciones y se introdujo también en la comprensión del hombre del lejano oriente, el japonés, *supuestamente* distinto al occidental. Le importaba el hombre como una totalidad. Por ello, Margarite Yourcenar fue la mujer que muchos hombres quisieron o quisiéramos haber sido. Libre: ni siquiera fue a la escuela; viajera incansable y por ello testigo de grandes acontecimientos de su época. No le pasó por su cabeza imaginarse la cultura como un problema local, fue una mujer universal y fue esa la conciencia que tuvo del hombre. Para ella, el hombre, no obstante las particularidades de su cultura, se comporta como tal donde quiera que esté. Se permitió discrepar de Iván Morris, experto en cultura japonesa, que promovía la curiosa tesis de que el amor a los vencidos que mueren por una causa perdida era eminentemente japonés: “El amor a las causas perdidas y el respeto a los que por ellas mueren –sostenía– me parece, por el contrario, darse en todos los países y en todos los tiempos... Si

⁷ Yourcenar, *A beneficio de inventario...* 22.

Napoleón fue un tema muy querido para los poetas del siglo XIX, se debe probablemente más a Waterloo y a Santa Elena que a Wagram”.⁸

En esa mirada humanista ante todo, sus escritos históricos, que lo son todos, rescatan a los vencidos a través de una especie de *nobleza del fracaso*, pero no por ello se desprende de los gobernantes y de las elites de todas las épocas. Margarite Yourcenar se plantea y resuelve problemas como toda una historiadora moderna: problemas de la lingüística, de la literatura, de los grandes personajes de la historia, de los períodos históricos, de la religión, del poder y del Estado. Le interesa dinamizar la investigación histórica, jalonarla. Para ello polemiza con tesis que no comparte y mantiene una fluida correspondencia con los intelectuales de su tiempo.⁹ Cada una de sus novelas o relatos y escritos en general responden a una preocupación de la investigación histórica propiamente dicha.

Monología y polifonía en la obra de la Yourcenar

Los aspectos de la técnica narrativa o el problema de la transmisión de los resultados de su investigación solían ocupar gran parte de su tiempo, lo mismo que la búsqueda de los nombres de sus personajes. Mientras que *Memorias de Adriano* está escrita en primera persona, *Opus Nigrum* es polifónica. Sin embargo, en ambos casos hay una búsqueda de las voces de sus tiempos que Yourcenar reconstruye salvando múltiples dificultades. Su vocación de historiadora en el sentido de superar el anacronismo se revela ante todo en el uso del lenguaje:

Confieso, sin embargo, haber consultado los diccionarios para cada palabra dudosa, es decir para cada palabra que yo presentía ha pasado a formar parte de la lengua después del siglo XVI o, todo lo más, a principios del XVII, apartándolas sin compasión cuando traían consigo unas ideas que mis personajes no habrían tenido bajo esa forma. Casi con el mismo cuidado, hice lo posible por evitar toda palabra que no fuera ya de uso común después del siglo XVI, y que tal vez hubiera sentido la tentación de utilizar por amor a lo pintoresco y arcaico, sin más razón psicológica admisible. La novela histórica se descalifica tanto por la palabra o detalle trasplantado para dar la impresión de “época pasada” como por el anacronismo.¹⁰

Para ella las palabras que designan los hechos y las cosas expresan también a los individuos. Por ello, se preocupa por marcar diferencias entre los estilos de los lenguajes que cada uno de sus personajes pudo haber utilizado. Para resolver semejante cuestión estudia, entre otras cosas, las adhesiones intelectuales que tuvieron en sus épocas. Sin embargo las tonalidades de los lenguajes de Adriano y

⁸ Yourcenar, *A beneficio de inventario...* 88.

⁹ Véase Margarite Yourcenar, *Cartas a sus amigos* (Bogotá: Taurus-Alfaguara, 2000).

¹⁰ Yourcenar, *Cartas a sus amigos* 44.

sus contemporáneos convergen en una misma lengua mientras que las de Zenón y los suyos aparece mucho más diversa:

La lengua de Zenón está hecha de formaciones sucesivas. La más antigua es el flamenco de la calle, de los salones, de las relaciones casi clandestinas con los obreros, que salen a la superficie durante los últimos años que pasó en Brujas. El francés que hablan los suyos es ya una lengua culta... El latín de su educación escolástica le sube continuamente a los labios: si bien piensa en sus diferentes lenguas-herramienta, razona en latín o al menos con ayuda de datos lógicos que le vienen de esa lengua...¹¹

Llama la atención en M. Yourcenar su manera de concebir la historia de la escultura: “El día en que una estatua está terminada, su vida, en cierto sentido, empieza”, dice al inicio de su artículo “El tiempo, gran escultor”. Si a través de sus personajes la autora nos ha transmitido su concepción estética de la escultura, esa búsqueda frenética de la belleza, en el último texto agrega su valor histórico. Cuando una estatua o parte de ella es rescatada se advierten las huellas de la historia, dando paso a las múltiples interpretaciones historiográficas.

Vida cotidiana y postura intelectual

La temática de la vida cotidiana es abordada en Yourcenar desde contextos históricos concretos. Sus relatos se recrean en personajes comprometidos con los procesos históricos que vive Francia. En el fondo de la etapa bonapartista se descubren las formas de llevar la vida de las clases restauradoras, sus méritos como también sus falencias. Las costumbres dan pauta para la comprensión de comportamientos viejos y nuevos. En la reconstrucción de los periodos concretos el álbum de fotografía es clave, desde las imágenes se remonta a la historia que está presente como contexto de la fotografía que se analiza y que permite el análisis. La historia de países lejanos va revelándose con los nombres propios de su periodización: los ecos de la época Meiji en el Japón llegan a Francia representados en las suaves sedas del kimono, un pretexto para emitir juicios sobre particularidades costumbristas de este interesante periodo para la historia del Japón. Sobrevienen períodos de la historia nacional francesa cuando la autora era aún adolescente: la reconstrucción del estado de ánimo que se vivía en el país entre las dos guerras mundiales debido a las lecturas que de los ideólogos del nacionalismo francés hacía la población, lo mismo la manera como se expresaba el *pensamiento a contracorriente* enarbolado por Romain Rolland.

Fue la Yourcenar una intelectual que no desaprovechó su prestigio para manifestar sus posiciones éticas y políticas frente a la vida. Las más de las veces por vía indirecta a través de sus personajes:

¹¹ Yourcenar, *Cartas a sus amigos* 49.

...disimular nuestras opiniones es aún más molesto que cubrirnos la piel... Jamás me agarré a una idea por temor al desamparo en que caería sin ella. Nunca aliñé un hecho verdadero, con la salsa de la mentira, para hacerme digestión más fácil. Nunca deformé el parecer del adversario para llevar la razón más fácilmente, ni siquiera, durante el debate sobre el antinomio... He soñado mis sueños; no pretendo que sean más que sueños. Me guardé muy bien de hacer de la verdad un ídolo, prefiriendo dejarle su nombre más humilde de exactitud. Mis triunfos y mis riesgos no son los que se cree; existen glorias distintas de la gloria y hogueras distintas de la hoguera. He llegado casi a desconfiar de las palabras. Moriré un poco menos necio de lo que nací.¹²

Retrata al hombre mediocre y conformista de todas las épocas:

...Y si la tierra da vueltas, a mí me da igual, en estos momentos en que ando por encima de ella, y aún me importará menos cuando me halle enterrado debajo. En materia de fe, creeré lo que diga el concilio, si es que dice algo, del mismo modo que pienso comerme el guiso que está haciendo el tabernero esta noche. Acepto a mi Dios y a mi tiempo tal como se me presentan, aunque hubiese preferido vivir en la época en que adoraban a Venus...¹³

Finalmente, el encuentro dialógico entre literatura e historia que dejó establecido Margarite Yourcenar en toda su obra debe continuar; debe ser tenido en cuenta por literatos e historiadores interesados en narraciones artísticas sustentadas en el método histórico, transmitidas en narración literaria, y sobre todo, legitimadas en la búsqueda de la verdad, tan desprestigiada y tan relativizada por la tiranía del posmodernismo dominante.

¹² Véase Margarite Yourcenar, *Opus nigrum* (Madrid: Santillana-Alfaguara, 1994) 145-146.

¹³ Yourcenar, *Opus nigrum* 130-131.

